

Este texto parte de una afirmación: el sentido del mundo y de uno mismo se adhiere a tradiciones, experiencias, recuerdos, historias, símbolos, rituales, objetos, espacios, seres que nos sostienen en la vida. Dicho esto, plantea un interrogante: ¿y si en vez de volcar la lecto-escritura a la apropiación de la cultura letrada, se la usara para recuperar la vida de quienes están involucrados en el aprendizaje? La propuesta reivindica los aportes del universo oral a la recuperación de la cultura, y promueve este acercamiento en tanto experiencia de aprendizaje del propio mundo, ofreciendo, además, alternativas para la práctica.

CULTURA ORAL Y VIDA COTIDIANA ¹

Hemos hecho a menudo el siguiente ejercicio:

→ defina la palabra "casa".

No es nada complicado hacerlo. Uno se acerca al plano del diccionario y habla de "lugar para vivir", "construcción para dar refugio a una familia", y así por el estilo.

Pero a continuación proponemos un segundo ejercicio:

→ defina la casa de su niñez.

Afloran entonces otros conceptos, muchos de ellos traspasados de emotividad. Ya no es fácil tomar distancias, la casa se llena de sentido, surgen los recuerdos, las experiencias, los espacios de felicidad o de dolor, porque no toda casa es igual, como no toda niñez lo es.

En el primer ejercicio se mueve uno en el plano del diccionario, la simple definición basta. En el segundo pasamos del diccionario a la vida.

Lo mismo vale para infinidad de términos. "Padre" alude a progenitor, a quien conforma una familia. Pero, desde el lado de las relaciones, la referencia se orienta a un querido compañero, a una suerte de enemigo, a una ausencia, a un personaje todopoderoso...

Nadie crece en un espacio químicamente puro, sino que lo hace dentro de una cultura, de un universo de sentido. Aprendemos palabras, gestos, en determinadas situaciones; una frase tiene un significado, una mirada otro. No aprendemos nunca cosas, aprendemos el significado de las mismas. Y es ésta una de las exigencias que nos pone la sociedad desde nuestros primeros años de vida. Muchos autores no se cansan de insistir en que los niños hacen progresos fantásticos en los iniciales tramos de su existencia, recorren a gran velocidad lo que a la humanidad le costó miles y miles de años lograr. Ciertamente es, pero ese recorrido no supone sólo la adquisición del lenguaje, la internalización de reglas de cortesía, la capacidad de orientarse en el espacio inmediato, sino, fundamentalmente, la apropiación de un universo de significados que en general lo acompañan a uno por el resto de la existencia.

La familia constituye la caja de resonancia más inmediata de cualquier sociedad y de cualquier grupo. Los significados familiares son a la vez significados sociales, encarnan las maneras de ser y de reproducirse de una sociedad. En su inflexión particular de cada espacio familiar, esos significados constituyen el sentido dado a la realidad por diferentes grupos.

El sentido es, pues, la visión del mundo y de uno mismo, producto de la historia personal y de la historia social. En ocasiones aquélla pesa sobre ésta: una relación muy autoritaria, muy violenta, puede marcar a alguien para siempre; o, a la inversa, una comunidad regida hasta en los más íntimos detalles por el peso de la opinión ajena, o por un sistema político autoritario, incide en la vida de cada quien.

El sentido, la visión del mundo y de uno mismo, es el producto de esa interrelación entre lo inmediato y lo mediato, entre el tiempo corto, más cercano a la vida diaria, y el tiempo largo de las instituciones. El sentido se adhiere a tradiciones, a experiencias decisivas, a recuerdos, a historias personales y oficiales, a símbolos, a rituales, a objetos, espacios, seres. Todos ellos nos sostienen en la vida, dan, precisamente, un sentido a nuestra existencia.

La pregunta tan cotidiana ¿qué sentido tiene esto? ilustra a la perfección este asunto. En efecto, si la desplegáramos deberíamos decir: ¿qué sentido tiene esto dentro de lo que para mí tiene sentido?

Es decir:

- dentro de mi mundo
- dentro de mis experiencias
- dentro de mi historia
- dentro de mis creencias
- dentro de mi certidumbre

Aprendizaje y percepción

Percibir es percibir significados, y ello supone un largo proceso de aprendizaje. Cada uno ha sido sometido a un intenso trabajo para ajustar sus percepciones a las demandas sociales. Porque la sociedad necesita que percibamos de determinada manera.

Cuando nos movemos en ambientes constantes (en sentido social y espacial, entre seres de un mismo grupo, en los límites de una comunidad, por ejemplo) y podemos acumular experiencias perceptuales, el mundo alcanza una estabilidad notable. Y a partir de ésta vamos deteniéndonos cada vez menos en los detalles, vamos dando por sabido más de lo percibido. Ya no hace falta mirar demasiado un rostro, una calle, un espacio; todo resulta familiar.

"Percibir es percibir lo familiar", afirma James Gibson. Cuando algo se sale de nuestro mundo, cuando nos sorprende una imagen con un detalle inesperado, tendemos a encuadrarlo rápidamente en experiencias y percepciones anteriores. Y cuando no podemos reconocerlo comienza a crecer en nosotros la incertidumbre. La necesidad de ordenar nuestro contexto, nuestra vida cotidiana, nos lleva a pedirle a la realidad, a los otros seres, un comportamiento constante, las caras ya conocidas, para que no se salgan de nuestras expectativas. Y no sólo cuenta el conocimiento de ciertos comportamientos, esperamos también un comportamiento similar para el futuro. Nuestras expectativas acerca de la realidad son reguladas por lo ya sabido, lo ya experimentado.

Todo esto explica en buena medida el éxito de los personajes difundidos por los grandes medios. En cuanto se produce un acostumbamiento en el público aquéllos entran en perfecta relación con los hábitos perceptuales, no ofrecen nada capaz de romper la certidumbre, la continuidad de un mundo más o menos estabilizado. Por el contrario, repiten siempre lo mismo: capítulo a capítulo acentúan el placer de gozar con lo cíclico, con lo estable.

Muchos programas de educación de adultos buscan desarrollar algún tipo de percepción distinta entre la población, sea para prevenir enfermedades infantiles, para descubrir plagas entre los cultivos, para "concientizar" con relación a los problemas de la sociedad.

La pregunta fundamental es ésta: ¿desde qué contexto de sentido se trabaja?

Recuerdo una experiencia vivida en una comunidad indígena, en el oriente ecuatoriano, cerca de Tena. Trabajábamos en un claro de la zona de selva alta y el taller giraba en torno a la recuperación cultural. Casi al comienzo de la primera sesión uno de los participantes me preguntó: ¿Usted es culto? La pregunta llegó como un latigazo. Traté de responderla aludiendo a ciertas experiencias, a algunos estudios. Pero mi interpelador insistió: ¿Usted se cree culto? Otra vez no supe responder, y él me dijo: Usted no es culto. Pregunté por qué. Usted no es culto; si yo lo sacara 300 metros en cualquier dirección usted no sabría cómo salir; usted no es culto.

Tenía razón, ninguna de mis rutinas perceptuales, ninguna de mis experiencias correspondían a esos espacios. No podía leer sonidos, colores, dirección del sol, ruidos producidos por los animales. Mi acervo cultural no tenía nada en común con el de ellos.

Igual sucede con los espacios marinos, con seres dueños de una verdadera memoria del mar, de una mirada para ese mundo.

Pues bien: ¿a qué mundo se dirigen nuestros materiales? ¿Desde qué mundo se los elabora?

Porque bien puede ser uno el mundo de los mensajes educativos con los cuales pretendemos educar a la población y otro el de las relaciones cotidianas de ésta. Cuando trabajamos con una comunidad analfabeta la base de la comunicación está en la palabra oral, las propuestas escritas son apenas unas recién llegadas.

La comunicación oral

Hay quienes vienen trabajando en esta línea desde hace mucho tiempo. Me refiero, en primer lugar, a los antropólogos, los cuales valorizaron muy tempranamente este riquísimo ámbito. Pero también a los historiadores, a muchos escritores latinoamericanos y a los educadores populares.

La comunicación oral tiene una lógica y una estructura maravillosas. Sin embargo, ellas no se corresponden mecánicamente con la lógica de la comunicación escrita. Esta se sujeta a un orden y a una "corrección" lineal. En la escuela nos enseñan a no repetir palabras, a cuidar la subordinación de ciertas frases, a mantener clara la relación sujeto-predicado.

En el discurso hablado todo sucede de manera distinta: comenzamos con un tema y nos interrumpimos porque irrumpe en nuestra memoria, y en el diálogo, algún recuerdo; titubeamos cuando no queremos decir algo con claridad, nos "faltan palabras", o bien somos presa de un entusiasmo y narramos a toda velocidad...

Desde el surgimiento de la imprenta, desde la generalización de un modelo de cultura "culto", desde los iniciales procesos masivos de alfabetización, se pasó a desconfiar de la comunicación oral. En todo caso era posible acercarse a ella en plan de anécdota, de folclore, de curiosidad; pero la "verdad", la "ciencia", la "razón" iban por otros caminos.

Esa verdadera descalificación de un inmenso espacio cultural pasó a constituirse en algo normal dentro de la visión de los sistemas educativos. Los niños llegaban, llegan, a ellos con una formación inservible. Era preciso luchar contra tantas "incorrecciones", contra tanto "defecto" en la pronunciación, contra "supersticiones" perjudiciales para la posible formación de un buen ciudadano.

La cultura y la vida comenzaron a separarse. O mejor, desde el comienzo estuvieron separadas en la escuela. El modelo de "corrección" lingüística fue el literario, esto es, el escrito.

Entre tanto, la vida seguía su marcha. Pero sin mayor derecho a voz, sin posibilidad de ser tomada en cuenta en los espacios sociales ocupado por versiones oficiales, por libros de lectura estereotipados.

Esta situación se prolongó décadas y hoy domina la escena en nuestros países. No obstante, en los últimos años se han venido produciendo algunos cambios. Pienso en el papel cumplido en América Latina por las radios populares, aun las más comercializadas, con sus programas destinados a comunicar a la gente, a permitirle algún tipo de expresión; pienso en los programas de educación de adultos (tan sólo de una asociación tiene en nuestra región más de 1000 afiliados), en la elaboración de materiales basados en la cultura de distintos grupos sociales.

La búsqueda de alternativas de expresión, sea por el sistema que sea, es cada vez mayor, aun cuando la escuela no se dé por enterada, aun cuando continúe en su actitud de rechazo de todo lo proveniente de la vida.

Los medios de difusión colectiva han venido a ocupar en gran medida el vacío dejado por la escuela, a través de una capacidad discursiva mucho más cercana a la vida diaria que los programas escolares.

De las personalidades al hombre común

La descalificación del mundo oral va ligada a una descalificación de quienes lo protagonizan. Con los modelos propios de personas letradas en muchos casos se fue generando un sentimiento de inferioridad entre la población. Los "conocedores", los dueños del discurso, eran algo así como seres superiores, distintos, capaces de encontrar la palabra adecuada en el momento preciso. Esa tendencia a descalificar a los sectores mayoritarios de la población está muy lejos de desaparecer. Y, además, en dichos sectores hay quienes aceptan la

descalificación. Phillippe Joutard (*Esas voces que nos llegan del pasado*, ed. F.C.E., México, 1986) se ha encontrado con afirmaciones de este tipo: "mejor pregúntele al maestro, él si sabe. ¿Qué puede valer mi opinión?"

Un proceso de recuperación de los recursos expresivos, sean orales o escritos, no puede quedar fuera de un proceso mayor de recuperación y revalorización de la propia cultura. El caso de las cabinas radiofónicas de Cotopaxi, en Ecuador, permite ilustrar muy bien esto.

Al comienzo los campesinos se negaban a hablar en quichua porque durante siglos se les había enseñado a menospreciar su lengua materna. Quien abandonaba sus prácticas culturales de alguna manera ganaba en posición social: los mestizos, por ejemplo, diestros en la lengua española, podían acercarse al espacio de las ciudades. Sin embargo, a medida que fueron surgiendo programas en quichua la gente comenzó a afirmarse en su idioma y a encontrar un valor a su uso. En la actualidad, luego de más de diez años de trabajo, la lengua materna ocupa un lugar precioso y nadie se avergüenza de ella.

Otro ejemplo valioso es de los radialistas indígenas aymaras, en La Paz, Bolivia. En esa ciudad, de 5 a 7 de la mañana, se escuchan sólo programas en aymara, cuando 20 años atrás esa lengua y esa cultura estaban sumergidas.

Los modelos letrados han incidido también en las versiones ofrecidas sobre la historia. En general conocemos lo sucedido en nuestros países a través de una galería de héroes excepcionales, capaces de preverlo y de vencerlo todo. Los grandes ausentes son quienes posibilitaron esa historia, quienes dieron carne a los ejércitos y a las manifestaciones.

Durante muchos años los trabajos con la cultura oral se centraron en las grandes personalidades. Pero hay ya una buena cantidad de testimonios de hombres y mujeres comunes. En nuestra región abrieron el camino los escritores, mucho antes que los científicos sociales. La vuelta al hombre común tiene antecedentes como *Los hijos de Sánchez*, de Lewis, los trabajos de rescate de la memoria obrera en Italia, de los negros en Estados Unidos, etc.

Y, sobre todo, hay un creciente acercamiento a las biografías, a la vida de los sectores populares latinoamericanos en el trabajo de organizaciones de base, de instituciones no gubernamentales.

Supongamos lo siguiente (y la suposición tiene como fundamento múltiples experiencias):

¿Qué pasaría si en vez de volcar las técnicas de la lecto-escritura a un penoso trabajo de apropiación de la cultura letrada, comenzáramos por utilizarlas en la recuperación de la vida y la cultura de los sectores sociales involucrados en el aprendizaje?

No dejamos el paso a la cultura letrada como algo definitivamente postergado, no negamos ningún valor a los sus aportes, solo sugerimos comenzar por las cosas primeras.

En vez de lecturas tediosas, en vez de dedicar esfuerzos a materiales destinados a descalificar al lector, ¿por qué no partir de una profundización, de un registro de la propia cultura? Y para ello utilizar todos los recursos expresivos disponibles, no sólo la escritura sino también el teatro, las ilustraciones, las grabaciones en audio, los murales, las exposiciones, los objetos...

Y si todo eso se liga a un trabajo organizado, a un aporte grupal, tenemos un uso democrático de diferentes técnicas de comunicación, un proceso participativo capaz de ir mucho más allá de las versiones letradas sobre los grandes hombres.

Veamos ahora los posibles aportes del universo de lo oral a la recuperación de la cultura.

El tiempo biográfico y el tiempo histórico

Esa expresión es citada por Joutard. Casi siempre las reconstrucciones históricas, las versiones sobre un país, han sido hechas desde el tiempo histórico, el registrado en los libros. Se nos habla, por ejemplo, de las ideas llegadas de Europa en el siglo XIX. De cómo en ese periodo fueron formados los ejércitos y de las luchas libradas contra la metrópoli. La historia, las reconstrucciones del pasado, giran en torno de grandes procesos, ante los cuales cada uno de nosotros ha permanecido siempre ajeno. Todo transcurre allá lejos, en los pasillos de los ministerios, en los campos de batalla o en los talleres de los artistas. Nosotros somos los grandes ausentes.

Pero la perspectiva cambia radicalmente cuando partimos de preguntas como éstas:

¿Cómo vivieron los individuos, los grupos sociales, esos grandes procesos? ¿Qué huella dejaron los mismos en su vida cotidiana (si es que dejaron alguna)? ¿Cuál es la percepción de esos seres concretos sobre su historia y sobre la historia del país?

Cuando se pasa a ese plano las sorpresas pueden ser muy grandes. Donde uno cree encontrar odios irrefrenables se halla con recuerdos dulces; donde uno supone una actitud de denuncia, encuentra indiferencia y hasta simpatías; donde todo era un cuadro de heroísmo aparecen los miedos y las traiciones. La historia oficial fue siempre escrita desde arriba y desde lejos.

¿Qué sucedió, por ejemplo, con procesos acelerados de industrialización en determinadas regiones? ¿Cómo fueron sentidos los cambios cuando cundió el desempleo a raíz de alguno de los tantos fracasos económicos vividos en nuestros países? ¿Cómo se integran sectores campesinos a ciudades inmensas, si se las compara con sus aldeas de origen?

Y una vez lograda esa información, ¿cuál es su sentido? Hay dos momentos fundamentales:

1. El proceso de autorreconocimiento, de búsqueda, de recuperación.
2. El uso posterior.

En el primero (cuyo valor educativo es enorme) es posible trabajar con grupos encargados de realizar sus propias lecturas, es posible, y de hecho se lo está haciendo, organizarse para un esfuerzo de autorreconocimiento. El primer beneficio es el de reencontrarse en una misma cultura.

Y viene luego la posibilidad de la expresión a través de múltiples recursos. Un ejemplo:

En algunas escuelas de Cochabamba, en Bolivia, los niños elaboran su libro de lectura. Para ello van entrevistando a los campesinos, a los artesanos del lugar y arman las páginas con esas palabras, con ilustraciones realizadas por ellos mismos. Así, logran un libro riquísimo, mucho más que la más rica propuesta de cualquier ministerio.

Los procesos sociales, recuperados a través de experiencias individuales y grupales, pueden ser volcados en formas de expresión múltiples. Otro ejemplo:

Los campesinos de la zona de Cumbijín y Sacha, en la Cotopaxi, Ecuador, elaboraron un audiovisual para mostrar cómo consiguieron el agua potable. Reconstruyeron una verdadera epopeya social: para obtener ese servicio los pobladores habían enterrado cañerías en la roca viva, a más de 4000 metros de altura y a lo largo de kilómetros. Todo quedó plasmado en el audiovisual: rostros, nombres, tiempo, esfuerzos, inversión..., hasta críticas a los grupos dominantes y a algunos compañeros que "se portaron vivos".

Para la elaboración se vivió un largo proceso de selección de los temas, de discusión sobre las fotografías a incluir, los textos, la música. Nada de locutores profesionales ni de voces estudiadas, nada de golpes de efecto; sólo la vida misma, sin estridencias, sin adornos.

Memoria histórica y memoria de las prácticas sociales

En numerosos trabajos con organizaciones de base se viene insistiendo en la necesidad de recuperar la memoria histórica de los sectores populares. Si la ciencia de esos grupos es la ciencia de la supervivencia, se trata de ampliarla para romper el contexto inmediato y acercarse al contexto de la propia vida. Pero éste es espacial (la región, el país, las relaciones internacionales) y temporal (cuando uno vive demasiado urgido por la supervivencia no hay mucho tiempo para atesorar el pasado, para reflexionar sobre las experiencias). Aunque eso nunca deja de ser hecho, pero no de una manera sistemática.

La invitación a volver sobre la memoria tiene el sentido de no perder de vista los propios procesos, los propios aciertos y errores. Lo vivido constituye un ámbito inmenso de aprendizaje, siempre que tengamos recursos para no perderlo en el transcurso de la existencia.

Y la memoria tiene sus reglas de juego. Para empezar, es selectiva, se compone de recuerdos a flor de piel y de otros más o menos sepultados. Cada uno de nosotros adopta una determinada postura ante su memoria, una manera de leerla, como lo hacemos ante la realidad misma. Se tratan, nuestra memoria y la memoria grupal y colectiva, de un texto social ante el cual tomamos partido, nos dejamos llevar por simpatías y antipatías, nos arrebatamos de entusiasmo o nos llenamos de silencios.

Acercarse a la memoria para:

- obtener datos sobre determinados acontecimientos
- percibir cómo un ser o un grupo vivieron esos acontecimientos
- conocer las tomas de posición ante los hechos.

Todos puntos fundamentales para un trabajo cultural. Cuando un grupo, una organización mejor, decide entrevistar a los mayores de la comunidad a fin de recuperar tradiciones, maneras de percibir, está volviendo sobre ciertas vidas para recuperar modos de percibir.

Pero también ha habido acontecimientos importantes: la construcción de un camino, procesos migratorios, una huelga, un movimiento sísmico. Y todo ello tiene valor en cuanto a lo sucedido y al modo de actuar frente a los sucesos.

Y como ante lo social no hay una sola posición, es posible trabajar en la recuperación de "la malla social de la memoria", como se afirma en el libro de Joutard. Un conjunto de recuerdos nos orienta hacia otros seres, podemos consultar distintas versiones sobre idénticos sucesos. Y así, entre todos, es sacada a la luz la experiencia de una o más generaciones.

Sin embargo, en este tipo de trabajo de recuperación cultural existe un riesgo: la tendencia a quedarse sólo con cuentos y tradiciones, con poesías y leyendas. Nadie discute el valor de esas expresiones, pero la memoria se compone también de prácticas sociales, de modos de hacer, de resolver los problemas. Pienso, por ejemplo, en el trabajo de la tierra, de las maderas, de los metales; pienso en los recursos atesorados por la población para enfrentar problemas de salud, en la manera de preparar los alimentos.

La memoria como relato

El relato es una de las estrategias discursivas más antiguas de la historia de la humanidad y una de las más difundidas en todas las sociedades. La memoria funciona a partir de esa estrategia. Cuando alguien recupera su historia, lo hace siempre desde una puesta en escena, para situarse a sí mismo en ella. Y luego las cosas van fluyendo dentro de una estructura narrativa: personajes, situaciones, ambientes, golpes de efecto, clímax, digresiones...

La capacidad narrativa no es patrimonio de unos pocos privilegiados, de algunos elegidos por las musas. Por el contrario, está presente en todos los sectores sociales y resulta una práctica constante en la vida cotidiana.

Esta riquísima estrategia tiene funciones sociales a menudo muy claras. En vez de lanzarnos un discurso abstracto, el relato de una experiencia nos coloca ante lo permitido y lo prohibido dentro de las reglas de juegos características de un determinado grupo social. Un apodo sirve para destruir la imagen de alguna personalidad política, un chiste llega a tener la fuerza de mil concienzudos análisis.

En realidad, el trabajo de recuperación de la memoria es un proceso de enriquecimiento de una trama narrativa: queremos saber más de tal o cual situación, queremos una pintura más precisa de ciertos personajes, buscamos percibir con mayor claridad determinados ambientes...

Y es a través de esa trama de relato como podemos ir captando las relaciones entre el tiempo biográfico y el tiempo social. Porque de improviso, en medio de recuerdos de familia, aparecen detalles políticos, acontecimientos generales con fuertes influencias en la vida cotidiana.

Por ejemplo, el concurso de Autobiografías Campesinas, organizado en Costa Rica por la Universidad Nacional, permitió, a través de cientos de relatos, una reconstrucción de la vida de los últimos setenta años en ese país, de los procesos migratorios, de la integración al mercado, del crecimiento de las instituciones oficiales, de las estrategias de supervivencia de los sectores populares. Aunque, en realidad, la expresión "permitió" resulta un tanto ambiciosa, porque no son muchos los estudios realizados sobre esos materiales. A menudo las instituciones se quejan de la falta de conocimiento de los destinatarios de sus acciones cuando existen riquísimos documentos desaprovechados.

Lo imaginario

Si está en juego en todo esto la capacidad narrativa, el arte del cuentista, no debe sorprender la presencia de lo imaginario en muchos procesos de recuperación de la memoria histórica.

En primer lugar, como señala Joutard, lo imaginario tiene un sentido. Cuando se nos narra un hecho inexistente, desde el punto de vista de la llamada razón, es preciso buscar sus motivos, por qué el narrador lo incluye en su relato y por qué lo hace figurar en determinado contexto.

Si en un amplio sector popular se corre la voz de que el diablo ha aparecido en un pozo de petróleo y ha exigido al gobierno el sacrificio de miles de niños para permitir su explotación, antes de cargar de "supersticiones" esa apelación a lo imaginario es preciso leer la desconfianza de esos sectores ante el gobierno, el miedo al engaño.

Cuando un grupo exagera la brutalidad de otro y llega a contar atrocidades prácticamente imposibles, está poniendo de manifiesto un terror existente.

En segundo lugar, lo imaginario funciona como forma de reconocimiento, de integración social. Si todos creemos en algo, si algunos llegamos incluso a verlo o a oírlo, la cohesión resulta un hecho, hay puntos en común, referencias mutuas, certidumbres. Pienso en el Tío de los mineros bolivianos, en la Madre Tierra de los campesinos de ese país, en tanto ritual capaz de unir a comunidades enteras en distintos rincones de nuestra América Latina.

En tercero, lo imaginario es motivo de juego, goce, regocijo. Hay un innegable placer ante los relatos narrados como algo vivido por alguien. Pienso en las versiones recogidas por Juan Draghi Lucero, en la zona de Cuyo, Argentina; en los trabajos de Celso Lara, Guatemala. Todos presentan elementos llenos de colorido, de vida, de misterio.

En cuarto, lo imaginario es objeto de creencia. Esto resulta indiscutible en cualquier sociedad y parece ir más allá de programas de "cultura", de inmersión en formas más "científicas" de percepción.

En quinto, en fin, lo imaginario funciona a menudo como una revancha simbólica. Lo casi imposible en la realidad, a menudo es logrado en los relatos. Pienso en el Pedro Urdemales, en Guatemala; en el Pirurimá, de Paraguay, personajes dedicados a burlarse de los poderosos.

El pretendido rigor de la escuela deja de lado todo el contenido y el encanto de lo imaginario. Los sistemas educativos son entes despoetizados y todo lo que se acerque a la poesía (salvo aquéllas de contenido retórico incluidas en los libros de lectura) lo irrita.

Y hay un último elemento todavía: lo imaginario tiene un gran contenido pedagógico, sirve para mostrar los caminos de un grupo, para iniciarse en sus aceptaciones y rechazos, para comprender el bien y el mal. De allí la continuidad de siglos de muchos de ellos.

Para trabajar con la memoria oral

La vida cotidiana tiene una memoria riquísima, aunque a menudo no recuperada ni por los individuos ni por las comunidades, y muchos menos por las instituciones educativas. El acercamiento a ese universo de lo oral puede abrir camino a valiosas experiencias de aprendizaje del propio mundo.

Alternativas para una práctica:

1. Los narradores son invitados, luego de ser escuchados, a presentar sus experiencias, a dictar o escribir sus relatos, a llevar un pequeño diario, a seguir algunas líneas de su memoria. Esto último es muy importante. No se trata de una recuperación caótica, si vamos a la memoria es con algún objetivo. Por ejemplo: ¿cómo era antes el trabajo?, ¿qué condiciones había de salubridad?, ¿qué salarios se pagaban?, ¿cuáles fueron los principales hechos vividos en las experiencias de trabajo?, ¿cómo se realizó el aprendizaje? Y así sucesivamente. Lo mismo vale para otros temas: la educación, el tiempo libre, la crianza de los hijos, los sistemas de salud, el trabajo de la tierra, las formas de comercialización, la incorporación de innovaciones tecnológicas...
2. Se trabaja con grabadora y el entrevistador, que puede (y debiera) ser uno de los miembros de la comunidad, toma notas a fin de presentarlas al entrevistado para reflexionar sobre ellas para profundizar en una determinada línea de su memoria. Así, se va yendo de lo oral a lo escrito, de manera de combinar ambos sistemas expresivos.
3. Entrevistas múltiples. Luego de una reunión para intercambiar puntos de vista, los participantes reciben un cuestionario y contestan por escrito, escribiendo directamente o dictándole a alguien. Cada quien presenta en una reunión sus textos y se pasa a un trabajo oral. Son tomadas notas sobre las nuevas opiniones y se procede a unificar materiales orales y escritos.
4. Los niños y niñas de una escuela se convierten en observadores y en entrevistadores. Con un sistema bien planificado, a fin de no usar a sus destinatarios, realizan entrevistas a personas capaces de ofrecer algo importante a la comunidad, es decir, a todas. Indicamos esto porque la tendencia a privilegiar al informante suele ser muy fuerte. De todas formas, en estos ejercicios puede optarse por representantes de determinados oficios, por ejemplo. Los productos de las entrevistas son volcados en textos presentados luego a los miembros de la comunidad para su lectura. Ellos a su vez incluyen otros recuerdos, dan sugerencias sobre tal o cual línea de análisis, y se reúnen con los niños para ampliar información.

Estos cuatro puntos constituyen apenas algunas sugerencias. Hay otros caminos y cada organización puede crear los suyos.

Síntesis

Una manera de dar vida a las técnicas es acercarlas a la vida misma. Cuando nos desentendemos de los seres a los cuales invitamos (o queremos forzar) a incorporar recursos de la sociedad letrada, o cuando los bombardeamos con materiales basados en modelos "cultos", alejados de su existencia, normalmente condenamos al fracaso cualquier esfuerzo.

Como no hay otro punto de partida que el ser de quienes inician un proceso educativo, como ese ser ya ha vivido lo suficiente como para ser dueño de un pasado y de una cultura, no hay otro punto de partida que ese pasado y esa cultura.

¹ Material basado en el libro de Daniel Prieto Castillo *Manual de Producción de Materiales para Neolectores*, en prensa, IICA, San José.